

Sobre la idea de evolución biológica presente en *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche

Camilo Rojas Rojo *

Resumen: En este ensayo se busca dar cuenta de las ideas evolucionistas que Friedrich Nietzsche (1844-1900) formuló de un modo no dogmático en *Así habló Zaratustra*, entre las cuales destacan la identificación del *si mismo* con la filogenia, la orientación hacia el futuro más que hacia el pasado (al menos para el humano) y la consideración de que el mecanismo de la evolución biológica es múltiple. Así, se avanza hacia la hipótesis de que dichas ideas evolucionistas son condición de posibilidad del proyecto nietzscheano, en tanto es sólo a través de la evolución biológica que el humano puede llegar a ser superhombre, sobrehumano.

Palabras-clave: Nietzsche, Friedrich; evolución biológica; Así habló Zaratustra; sobrehumano

On the idea of biological evolution present in *Thus Spoke Zaratustra*, by Nietzsche

Abstract: This essay seeks to give account for the evolutionist ideas that Friedrich Nietzsche (1844-1900) formulated in a non-dogmatic way in *Thus Spoke Zaratustra*, among which the identification of the *self* with the phylogeny, the orientation towards the future rather than the past (at least for the human) and the consideration that the mechanism of biological evolution is multiple, stand out. Thus, we advance towards the hypothesis that these evolutionary ideas are a condition of possibility of the Nietzschean project since it is only through biological evolution that the human can become superhuman, overhuman.

Key-words: Nietzsche, Friedrich; biological evolution; Thus spoke Zaratustra; overhuman

* Estudiante de doctorado en Filosofía, mención Estética y Teoría del arte, Universidad de Chile. Avenida Santa Elena, 73, Valparaíso, Chile, CP: 2351108. E-mail: camilorojasrojo@gmail.com.

1 INTRODUCCIÓN

El estudio de la historia natural puede conducirnos a una forma de pensamiento proyectado hacia el futuro que es correspondiente al lugar que ocupa el pensamiento político en relación a la historia de las culturas.

Cualquiera que se familiarice con los tiempos geológicos y con la historia de las filogenias en el planeta comprenderá que nuestra existencia como *Homo sapiens* puede ser fugaz. No podemos asegurarlo, pero, a juzgar por la variabilidad evolutiva de los mamíferos, es altamente probable que nos convirtamos en otra especie (Vlerk & Kuenen, 1966, p. 272), nos diversifiquemos en más de una o nos extingamos. Pero, observando también lo que va de la historia – o la obra – del *Homo sapiens* en el planeta, se puede esperar prácticamente cualquier cosa.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando se debatían las ideas evolucionistas¹ ya contando con el crucial aporte de Charles Darwin (1809-1882), esta dimensión futura, abismal e inquietante de la política, generó una orientación de pensamiento sobre el tema en la que destacan dos ideas: la concepción de la sociedad como organismo, de Herbert Spencer (1820-1903), y el eugenismo de, entre otros, Francis Galton (1822-1911). Ambas ideas proliferaron y la primera derivó en un sustento teórico para los avances imperialistas y la naturalización de la *competencia*, mientras que la segunda derivó en lo que hoy se conoce como racismo y que constituye en sí mismo un importante problema social en muchos países actuales. A diferencia de la idea de Spencer, que ha adquirido dimensiones políticas inmensas (se podría decir que ha cambiado la realidad humana de un modo tal que hoy puede describirla mejor que hace un siglo), las posturas eugenistas y racistas, aunque han tenido éxito en adhesión y publicidad, no lo han tenido en una dimensión científica (Gould, 1988), pues resulta imposible establecer criterios objetivos para definir la superioridad o

¹ Para evitar confusiones, en todo el texto se usará el concepto *evolución* y sus derivados, por tratarse del más aceptado hoy en día, pese a que su uso es posterior a Darwin y a que pueden encontrarse términos más apropiados, como *diversificación*.

inferioridad (general o intelectual) de una raza *sapiens* frente a otra, y más aún desde una mirada estrictamente evolucionista.

Así, en este contexto de pensamiento político sobre la evolución biológica humana de fines del siglo XIX, surgió una tercera idea, la de Friedrich Nietzsche (1844-1900). Esta consistía, según la interpretación sostenida en este ensayo, en la concepción de una nueva especie animal a partir del *Homo sapiens*, superior a éste, pero no a partir del cuidado en la conservación y la cruce de las razas actuales (como en eugenistas y racistas) ni de nuevas formas de organización social (como en Spencer), sino a partir de la implantación de una nueva concepción de la moral, donde los llamados a iniciar este proyecto son personas solitarias (marcando una diferencia basal con Spencer) y capaces de crear sus propios valores.

La obra en la que Nietzsche presentó con mayor fuerza esta idea – y proyecto – es *Así habló Zaratustra*, publicada entre 1883 y 1885. En ella, sin embargo, no hay referencias directas a teorías evolucionistas ni a ningún autor que pueda darnos seguridad respecto a la interpretación biológica de las sentencias, dado lo cual se ha optado, metodológicamente, por reunir los fragmentos en los que este pensamiento biológico se presenta de manera directa – aunque no dogmática – y mostrar resumidamente la coherencia en el conjunto. Esto es lo que contendrán los próximos apartados del presente ensayo.

Ahora, esta interpretación no es antojadiza. Fuera de *Así habló Zaratustra* encontramos, en la densidad de la obra nietzscheana, un gran número de referencias al pensamiento evolucionista, con críticas a Darwin² y a Spencer (Nietzsche [1886], 2016, p. 408), con fragmentos teóricos dignos de un tratado de zoología evolutiva (Nietzsche [1887], 2016, pp. 498-500) y, en fin, con un importante número de comentarios respecto al tema, que han sido, además, objeto de innumerables interpretaciones y revisiones por parte de investigadores posteriores,

² Los más acabados son los fragmentos titulados “Nuevamente acerca de la procedencia de los doctos” (Nietzsche [1882], 2014, p. 865), “Anti-Darwin” (Nietzsche [1889], 2016, p. 662) y “Contra el darwinismo”, de *La voluntad de poder* (Nietzsche [1901], 2006, pp. 456-458). Lo que se critica en ellos de Darwin y el darwinismo es su concepción pasiva y calculadora de los organismos, cuando Nietzsche ve ahí una fuerza que no escatima en gastos.

sobre todo en estas últimas décadas (por ejemplo: Norris, 1985; Stiegler, 2001; Moore, 2002; Richardson, 2004; Johnson, 2010; Emdem, 2010). Se plantea, por ejemplo, que Nietzsche no leyó suficientemente a Darwin, explicándose así algunas críticas aparentemente infundadas y la también aparente confusión entre las doctrinas de Darwin y Lamarck (1744-1829) por parte del autor alemán (para comentarios sobre estas críticas, ver Ferraris, 2000, pp. 61-65, y Johnson, 2010). Estas suposiciones, empero, son difíciles de sostener, no sólo por el carácter irónico y poético de los enunciados nietzscheanos, sino también porque Lamarck, y sobre todo Darwin, no son, cada uno, una sola idea. Por ejemplo: se reconoce en Darwin la *selección natural* y en Lamarck la *herencia de los caracteres adquiridos*, pero estas reducciones son imprecisas y hasta contradictorias, pues, por ejemplo, podemos ver que Darwin también defendió la hipótesis de la herencia de los caracteres adquiridos, y no sólo en *Sobre el origen de las especies* (Darwin [1859], 2009, p. 311), sino también en *El origen del hombre* (Darwin [1871], 1909, p. 6) y en *La variación de los animales y las plantas en estado doméstico* (Darwin [1868], 2007, p. 849). Como la descripción no basta para dar una imagen de los cambios de la evolución biológica, los autores evolucionistas se han visto obligados a caminar sobre un piso de hipótesis relativamente heterogéneo, en el que se escapan verbos y adjetivos diversamente interpretables.

En definitiva, nos inclinamos a considerar que Nietzsche no sólo leyó detenidamente a Darwin, sino que estaba también al tanto de las teorías evolucionistas de la primera mitad del siglo XIX y seguramente de varias anteriores³ y contemporáneas⁴. Nietzsche negó, es cierto,

³ Por ejemplo, Nietzsche trabajó sobre el concepto de teleología en Kant, para lo cual tomó la segunda parte de la *Crítica del juicio*, donde Kant presenta, en el §80, una propuesta evolucionista muy similar a las bases de la propuesta de Darwin. De ahí que las críticas a la idea de una teleología asociada a la evolución biológica sean un foco de reflexión importante para Nietzsche.

⁴ Se supone que leyó, con seguridad, a Francis Galton (1822-1911), Wilhelm Roux (1850-1924), Julius Robert von Mayer (1814-1878) y Sir Michael Foster (1836-1907), entre otros evolucionistas y teóricos de la biología de fines del siglo XIX. Esto, en parte gracias a su cercanía con Ludwig Rüttimeyer (1825-1895), colega suyo en Basilea, eminente naturalista y discípulo de Karl-Ernst von Baer (1892-1876) (Ferraris, 2000, pp. 63-64).

ser darwinista (Nietzsche [1889], 2016, p. 810), pero no negó su influencia, ni la de Darwin ni la de ningún otro pensador de la evolución biológica, por mucho que levante duras – y otras no tan duras – críticas en su contra.

En definitiva, acá se defiende la idea de que el pensamiento evolucionista es un elemento fundamental para el desarrollo de la filosofía nietzscheana. Quizá sea Giovanni Papini (1881-1956) quien lo ha expresado del modo más enfático: “Yo creo por mi cuenta, que la definición más expresiva que se puede dar de la filosofía de Nietzsche, es ésta: *una transformación ditiámbica del naturalismo evolucionista*” (Papini [1906], 1945, p. 155, destacado en el original).

Vamos ahora, pues, al texto que nos convoca.

2 ENTRE EL MONO Y EL SOBREHUMANO

Aunque para muchos sea inaceptable, a nuestros ojos resulta evidente que el sobrehumano⁵ es, para Nietzsche, un proyecto real, una posibilidad biológica del devenir de la especie humana, del *Homo sapiens*. Ya en el “Prólogo” de *Así habló Zaratustra* queda expuesto este contexto evolucionista en el que se desarrolla la idea principal de la obra:

¿Qué es el mono para el hombre? Una risa o una penosa vergüenza. Y precisamente eso ha de ser el hombre para el superhombre: una risa o una penosa vergüenza. / Vosotros habéis hecho el camino del gusano al hombre y aún hay mucho de gusano en vosotros. Una vez fuisteis monos [...]. (Nietzsche [1885], 2016, p. 73)

Fragmento que puede leerse junto a este otro:

Y este es el gran mediodía, aquel en que el hombre se encuentra a mitad de su camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer como su esperanza suprema: pues es el camino hacia un nuevo amanecer. (Nietzsche [1885], 2016, p. 118)

⁵ Coincidimos con Lemm en esta traducción de *Übermensch* (Lemm, 2010, p. 17). Por tratarse de un asunto de primera importancia en el marco de nuestra investigación, se usará *sobrehumano* pese a que la mayoría de las traducciones al español prefieran el uso de *superhombre*.

En la primera cita están al mismo tiempo expuestas la idea básica de la evolución biológica (que venimos de un mismo tronco filogenético) y una consecuencia de ella (que fuimos monos o, más exactamente, que compartimos un antepasado con los monos). Leyendo ambos fragmentos, la operación es simple e inequívoca: el humano es al mono lo que el sobrehumano es al humano. Por lo demás, el humano debe ser entendido, siempre, como un animal: “El conocedor camina entre los hombres como entre los animales que *son*”. / Pero, para el conocedor, el hombre mismo se llama: el animal de las mejillas rojas” (Nietzsche [1885], 2016, p. 122, destacado en el original). Si hoy se calcula que el último ancestro común entre el humano y el mono vivió hace unos cinco millones de años, habría entonces que considerar una distancia temporal semejante para la aparición del sobrehumano. Pero Zaratustra tiene paciencia: “¿Cómo de lejana es esa lejanía? ¡Qué más da! No por ello es para mí menos firme” (Nietzsche [1885], 2016, p. 220). El paso del tiempo es inminente y la evolución biológica debe continuar aconteciendo en toda la naturaleza. Así lo entiende, bajo nuestra lectura, Zaratustra, y lo entiende con mucha claridad, concibiendo a ese sucesor del humano como un animal que retorna desde dentro a la trama de la naturaleza, a esa interdependencia natural de innumerables relaciones ecológicas, donde el cazador, su fuerza y habilidad, están hasta cierto punto determinados evolutivamente de la fuerza y la habilidad de la presa:

Pues, para que no le falte al superhombre su dragón, el súper-dragón, que sea digno de él: ¡para eso aún debe arder mucho sol caliente sobre húmedas selvas vírgenes! / De vuestros gatos salvajes deben crecer tigres, y de vuestras ranas venenosas, cocodrilos: ¡pues el buen cazador debe tener una buena caza! (Nietzsche [1885], 2016, p. 160)

Pero no es posible pensar la evolución de los seres vivos si no se cuenta también con cambios geológicos:

[...] *nuevos pueblos* surgirán, y nuevos manantiales se precipitarán hacia el interior de nuevas profundidades. / El terremoto, en efecto, – se pulsa muchos manantiales y provoca mucha ignominia; esto también saca a la luz fuerzas y secretos ocultos. / El terremoto pone de manifiesto nuevos manantiales. En un terremoto de pueblos viejos se abren nuevos manantiales. (Nietzsche [1885], 2016, p. 204, destacado en el original)

En los pocos fragmentos citados hasta acá podemos ver ya los elementos básicos con los que es posible pensar la evolución biológica: grandes espacios de tiempo asociados a cambios geológicos. Es interesante el hecho de que Nietzsche, en tanto crítico de la descripción darwiniana de un constante estado de supervivencia y amenaza por parte del medio ambiente, describa, junto con los peligros de los cambios geológicos, sus regalos, sus beneficios, que se entienden acá como un factor siempre potencialmente favorable para la evolución biológica. Esta postura, aunque más optimista, es, en todo caso, perfectamente compatible con los evolucionismos no vitalistas, es decir, con aquellos que restringen la potencialidad de diversificación a los errores en la repetición genotípica a la hora de la reproducción (mutaciones) y las limitaciones y novedades que ofrece el ambiente, en una suerte de *acumulación de errores afortunados*. Sin embargo, Nietzsche no se satisfizo con esta dimensión pasiva, negativa, de la evolución de los seres vivos, y elabora también la teoría de una positividad, de una fuerza propia, irreductible, que no es otra que la contenida en su versátil concepto voluntad de poder: “Donde encontré algo vivo, encontré *voluntad de poder* [...] Hay muchas cosas que el viviente estima más que la propia vida; pero a través de la estimación misma habla – ¡la voluntad de poder!” – (Nietzsche [1885], 2016, p. 140-141). Así lo canta Zaratustra en “La canción del sepulcro”:

Sí, hay en mí algo invulnerable, insepultable, algo que hace saltar las piedras: se llama *mi voluntad*. Silenciosa e inalterable avanza a través de los años. / Ella, mi vieja voluntad, quiere recorrer su camino con mis pies [...]. (Nietzsche [1885], 2016, p. 139, destacado en el original)

La voluntad de poder nietzscheana otorga a la vida un carácter activo, positivo, que acerca su posición a una forma de vitalismo; sin embargo, clasificarla como vitalismo no ayuda en mucho a comprenderla. Más puede ayudar otra idea presente en la última cita: la voluntad que reconoce Zaratustra en él mismo es mayor que su yo, es una vieja voluntad que recorre *su* camino con los pies de Zaratustra. He aquí un elemento de gran importancia para nuestra lectura, en tanto podemos observar que la entidad subjetiva que ejerce la libertad y la creatividad, es decir, la entidad que hace lo que dicta *su* voluntad, ese sujeto no es otro que la filogenia (una filogenia, como hemos indicado ya, a largo plazo, de especie).

3 EL SÍ MISMO COMO SUJETO FILOGENÉTICO

Nietzsche negó la idea de una voluntad individual, yoica, de una libre elección consciente; planteó, en términos generales, que el libre albedrío sería un invento cristiano para implantar la culpa (Lemm, 2010, pp. 157-196). Sin embargo, defendió otra voluntad en tanto algo que es del cuerpo y que es lo que, en definitiva, realmente *somos*. Para estar con Nietzsche en esto, habría que decir: *soy cuerpo que ha repetido millones de veces el ciclo, mi fuerza es la fuerza que viene avanzando desde tiempos inmemoriales, mi fuerza es esa fuerza que ha crecido por su voluntad de poder y me tiene acá hoy, entre los dominantes que, aunque se encuentran debilitados por sus propios venenos, tienen la posibilidad de ser algo totalmente superior*.

Desde acá, entonces, podemos decir que la vida es voluntad de poder que adopta formas diversas. Todas las formas de vida serían, así, formas de la voluntad de poder. No se trataría de una sola fuerza inmanente de lo viviente, como en algunos antiguos, en Arthur Schopenhauer (1788-1860) y varios vitalistas, sino muchas fuerzas vivientes, que son las muchas formas de vida, o especies, o filogenias. Estas filogenias, estas formas de vida, serían para Nietzsche los sujetos de la voluntad de poder, en una forma novedosa y al mismo tiempo elemental de vitalismo. No hay individuo, no hay yo, porque la entidad es múltiple en su experiencia ontogénica, porque el sí mismo es el sí mismo de la filogenia. Así, la multiplicidad del obrar de los antepasados se manifiesta en la forma del gusto, de la voluntad genuina, que es voluntad de poder, una voluntad creadora de valores que se expresa en diversas formas de vida. Pues no hay un solo camino, sino miles de caminos posibles para cada filogenia, y cuáles sean esos caminos en las vidas de sus miembros, ese será el camino de la filogenia. Todo vivo es libre, pero es libre en tanto rama filogenética, es libre para “crear por encima de sí mismo” (Nietzsche [1885], 2016, p. 89); así, el individuo, en tanto tal, no tiene sentido, pues todo ente viviente *es* filogenia, *es* cuerpo que reanuda una y otra vez su ciclo incansable y creativo. En “De los despreciadores del cuerpo” aborda Zarathustra esta cuestión, definiendo la instancia filogénica como *sí mismo*: “Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, hay un soberano poderoso, un sabio desconocido – que se llama el sí mismo. Vive en tu cuerpo, es tu cuerpo” (Nietzsche [1885], 2016, p. 89). Se

trata, evidentemente, del sujeto de la vida, la entidad que sabe y que crea⁶, la que en varios lugares de la obra aparecerá también, en tanto experiencia, como “sabiduría salvaje” (Nietzsche [1885], 2016, pp. 120, 134, 193).

El sí mismo creador creó para sí el aprecio y el desprecio, creó para sí el placer y el dolor. El cuerpo creador creó para sí el espíritu como una mano de su voluntad. (Nietzsche [1885], 2016, p. 89)

Así explica Zarathustra a los despreciadores del cuerpo, burlándose de la suposición de que los pensamientos, los dolores y los placeres puedan ser producto de un yo: el mismo yo y el espíritu son, para Zarathustra, juguetes, órganos secundarios del sí mismo, ese sí mismo que interpretamos acá directamente como filogenia.

Bajo esta lógica, la instancia que se crea a sí misma sería la principal responsable de los cambios filogenéticos, lo que significa que sería uno de los motores (junto a un grado de determinación ambiental y el aparente azar de la mutación, innegables en cualquier evolucionismo) de la evolución biológica, y así la libertad habría que entenderla, justamente, como una libertad evolutiva.

Luego, avanzando un breve trecho, podemos observar que este cambio evolutivo libre, cuyo motor es un *querer*, tendría a la base un elemento fuertemente estético, en tanto lo más hondo que parece estar en juego acá no es otra cosa que el *gusto*:

[...] toda vida es una pelea por el gusto y el sabor! / Gusto: es el peso y, a la vez, la balanza y el que pesa; ¡y cuidado con el ser vivo que pretenda vivir sin pelear por el peso y la balanza y los que pesan! (Nietzsche [1885], 2016, p. 142)

Así lo expresa en “De los sublimes”, esclareciendo que se trata de una disputa en la que participa todo ser vivo. Más adelante, en “Del

⁶ Podría resultar tentador para algún evolucionista contemporáneo buscar una correspondencia entre este pensamiento nietzscheano y la hoy difundida teoría del gen egoísta de Richard Dawkins. De inmediato debe advertirse que tal correspondencia no es posible, pues si bien Dawkins comparte la idea de un sujeto transgeneracional, en su caso se trata únicamente de los genes, dejando en calidad de simple vehículo de éstos toda la expresión y la vivencia de los cuerpos vivientes, lo que para Nietzsche no tendría sentido.

espíritu de la pesadez”, lo podrá en términos que resaltan la indeterminación y la consecuente libertad en la elección de caminos, que acá leemos como caminos filogénicos:

[...] este – es mi gusto: / – no un gusto bueno ni malo, sino un gusto *mío*, del que ya no siento vergüenza ni lo guardo en secreto. / “Este – es ahora *mi* camino, – ¿cuál es el vuestro?”, así respondí a quienes me preguntaron “por el camino”. ¡*El* camino, ciertamente, – no existe! (Nietzsche [1885], 2016, p. 192, destacado en el original)

Y un poco antes en la misma sección:

[...] se ha descubierto a sí mismo quien habla de este modo: este es *mi* bien y [este es] *mi* mal: con esto ha hecho callar al topo y enano que dice: “bueno para todos, malo para todos”. (Nietzsche [1885], 2016, p. 191, destacado en el original)

4 DESCENDENCIA Y ORIENTACIÓN AL FUTURO

La libertad, vista de este modo, la vive quien se ha descubierto a sí mismo y, por lo tanto, quien *quiere* en sí mismo. Ahora, este sí mismo que estamos interpretando acá como filogenia, debe referirse entonces, necesariamente, tanto a su pasado como a su futuro remoto, pues la ascendencia es parte del sí mismo y la descendencia su esperanza de vida. No parece causal, entonces, la recurrencia con la que Zaratustra se refiere a estas antiguas y venideras partes de sí.

En “De la bienaventuranza no querida”, cuando Zaratustra ya está lejos de sus amigos y hermanos, a quienes ha dejado en las islas afortunadas para volver a su soledad, reflexiona:

Así estoy en medio de mis obras, caminando hacia mis hijos y volviendo de ellos: es por sus hijos por quienes Zaratustra aún tiene que consumarse a sí mismo. / Pues, en el fondo, solo se ama al hijo y a la propia obra; y donde hay un gran amor hacia uno mismo, ese amor es el testimonio del embarazo: es lo que descubrí yo. (Nietzsche [1885], 2016, p. 169)

En este fragmento se observa no sólo la esperable importancia que reviste la descendencia en la doctrina de Zaratustra, sino también el modo en el que se está entendiendo la filogenia, es decir, su *grosor*. Como hemos indicado al comienzo, Nietzsche mostró ser consciente

de que la unidad filogenética fundamental no está dada por la raza, sino por la especie. No son las delgadas líneas sanguíneas de los linajes individuales, sino la más ancha rama de la especie, la que puede hacer brotar nuevas ramas, más anchas y fuertes. Y esto no sólo por razones lógicas, sino también por su orientación al futuro. Es acá donde se puede hablar de *herencia cultural* (Forber, 2013; Dries, 2008, pp. 63-74), en el sentido de que la descendencia no es únicamente los hijos de sangre, sino las próximas generaciones de la especie que han adoptado los propios modos de vida, lo que implica un tipo de herencia en la que el cambio moral y comportamental puede determinar lo físico, el cuerpo. Ahora, ¿es este un modo evolutivo propiamente humano, cultural, o es algo común de los seres vivos? No queda claro en el texto, pero todo indica que es lo segundo, lo que acerca claramente la idea de Nietzsche al pensamiento evolutivo de Lamarck, quien lo puso del siguiente modo:

No son los órganos, es decir, la naturaleza y la forma de las partes del cuerpo de un animal, los que han dado lugar a sus hábitos y a sus facultades particulares, sino que por el contrario, sus hábitos, su manera de vivir y las circunstancias en las cuales se han encontrado los individuos de que proviene, son los que con el tiempo han constituido la forma de su cuerpo, el número y el estado de un órgano, y las facultades, en suma, de que goza. (Lamarck [1809], 1986, p. 177)

Así, la idea es que todos los seres vivos formamos parte de un sí mismo que ha venido diferenciándose, que en su recapitulación constante se ha multiplicado según se han hecho diferentes elecciones y se han creado nuevos modos de vivir, nuevos sí mismos, los que han esculpido de diferentes modos los cuerpos.

De ahí que no haya mayores comentarios respecto a la ascendencia tanto de los habitantes de las Islas afortunadas como de los diez invitados a la Cena. Lo que comparten no es una ascendencia, sino que han escogido la soledad y ser educados por Zaratustra. Ellos son los que deben hacer el camino; deben ser los puentes que conduzcan al sobrehumano (Nietzsche [1885], 2016, p. 89).

Vosotros, los solitarios de hoy, vosotros los apartados, debéis llegar a ser pueblo algún día. A partir de vosotros, los que os habéis elegido a vosotros mismos, debe crecer un pueblo elegido: – y de él, el superhombre. (Nietzsche [1885], 2016, p. 117)

De un modo semejante se pronuncia Zaratustra en “De las tablas viejas y nuevas”:

Oh hermanos míos, yo os consagro a una nueva nobleza, y os la muestro: debéis ser para mí engendrades y cultivadores y sembradores del futuro. (Nietzsche [1885], 2016, p. 198)

Y, avanzando en la misma sección, la expresión más clara respecto a la mayor importancia del futuro sobre el pasado, de la descendencia por sobre la ascendencia, es la siguiente: ¡Que en adelante sea vuestro honor, no el lugar del que procedéis, sino el lugar al que os dirigís!” (Nietzsche [1885], 2016, p. 198) Así, de cara al futuro, es más importante la determinación que toma la vida en el presente que lo determinada que pueda estar por su pasado.

5 SOBRE LAS ISLAS AFORTUNADAS

En el “Libro cuarto” se narran los acontecimientos del día en que Zaratustra sale en busca del hombre superior, de quien, según el adivino anunciador de la gran fatiga, provendría el *grito de socorro* que ambos escuchan desde la caverna. Antes de partir Zaratustra, el adivino le dice que ya no hay nada que merezca la pena, que de nada sirve buscar, que ya no hay islas afortunadas, a lo que Zaratustra responde con enfática negación y agrega: “¡*Esó* lo sé yo mejor! ¡Aún hay islas afortunadas!” (Nietzsche [1885], 2016, p. 222, destacado en el original). Ese día, mientras busca al autor de los gritos de socorro, Zaratustra se encuentra, uno a uno, con los nueve restantes personajes, a quienes invita para esa misma noche a su caverna. Al final del día descubre que los gritos vienen de su misma caverna, de manera que vuelve a ella, y es ahí donde toma lugar el siguiente comentario de Zaratustra:

Oh, huéspedes míos, hombres extraños, ¿no habéis oído nada acerca de mis hijos? ¿Y de que ellos están en camino hacia mí? / Habladme, entonces, de mis jardines, de mis islas afortunadas, de mi nueva y bella especie, – ¿por qué no me habláis de esto? (Nietzsche [1885], 2016, p. 248)

Y un poco más adelante:

[...] ¿qué no he dado? / – qué no daría por tener *esa sola* cosa: ¡esos higos, *esa* plantación viva, *esos* árboles de vida de mi voluntad y de mi suprema esperanza!” (Nietzsche [1885], 2016, p. 249, destacado en el original)

Estas islas afortunadas de su *nueva especie* inmediatamente hacen pensar en la importancia de las islas para la teoría evolutiva. Cuando, en *Sobre el origen de las especies*, Darwin reflexionó en torno a las condiciones ideales para que se den nuevas especies, considera, a partir de observaciones propias y de otros naturalistas, que el aislamiento geográfico – y en particular el caso de las islas oceánicas – es un factor muy favorable para la aparición de nuevas especies (Darwin [1859], 2009, pp. 160-161). ¿Cómo no interpretar, después de todo lo visto hasta acá, que Nietzsche estaba pensando en el aislamiento geográfico del que habría hablado Darwin y otros evolucionistas de la época? Y esos *árboles de vida* de su voluntad, ¿cómo interpretarlos sino como ramas filogenéticas de esa voluntad, de esa filogenia que es el sujeto genuino que la habita?

Podemos, ahora, indagar en la sección del “Libro segundo” que lleva por título “En las islas afortunadas”. Zaratustra lleva años en la montaña, acompañado únicamente de sus animales, tras haber partido de su ciudad “La Vaca Colorida”. Entonces una mañana decide bajar a estar nuevamente con sus amigos y enemigos, para figurar luego, sin ser descrito su viaje, acá, en las islas afortunadas, donde comienza una serie de capítulos en los que Zaratustra profetiza sin mayor acción en los acontecimientos. Las primeras palabras de “En las islas afortunadas” son las siguientes:

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y al caer, se les abre la piel roja. [...] / Así pues, igual que los higos, caen a vosotros estas enseñanzas, amigos míos: ¡bebed ahora su jugo y su dulce carne! El otoño nos envuelve, y el cielo puro y la tarde. / ¡Ved qué plenitud nos rodea! Y es hermoso mirar, desde la sobreabundancia, hacia los mares lejanos. (Nietzsche [1885], 2016, p. 120)

Volviendo al análisis evolucionista, tenemos acá la descripción de una región geográfica cuya disposición alimenticia y climática resultan evidentemente favorables para la vida humana. Si Nietzsche imaginó la posibilidad real de un cambio filogenético de un grupo aislado de humanos (los solitarios) a partir de un modo de vida diferente, expre-

sable tanto en el comportamiento como en el cuerpo – piénsese en la belleza del sobrehumano (Nietzsche [1885], 2016, p. 122) o en la necesidad de que tenga “los huesos fuertes y también los pies ligeros” (Nietzsche [1885], 2016, p. 250) –, el lugar más idóneo para ello es, sin duda, una isla.

Más adelante en la misma sección se formula con toda claridad la idea de una transformación que acontece a través de generaciones, donde Zarathustra precisa que no se trata de un cambio inmediato, sino de una auto-transformación creativa que se logra en la descendencia; una creación que requiere tiempo, pero que es posible:

Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestro suponer no lleve más lejos que vuestra voluntad creadora. / ¿Podrías vosotros *crear* un Dios? – ¡Entonces no me habléis de dioses! Pero sin duda podríais crear al superhombre. / ¡Quizá no vosotros mismos, hermanos míos! Pero podríais transformaros en padres y antepasados del superhombre: ¡y que esta sea vuestra mejor creación! (Nietzsche [1885], 2016, p. 120, destacado en el original)

Y un poco más adelante:

¡Sí, en vuestra vida debe haber mucho amargo morir, creadores! Así es como sois portavoces y justificadores de toda temporalidad. / Para que el creador mismo sea un niño que vuelve a nacer es necesario que quiera ser también la parturienta y el dolor de la parturienta. / En verdad, recorrí mi camino a través de cientos de almas y cientos de cunas y dolores de parto. Ya me despedí muchas veces, conozco las últimas horas que rompen el corazón. (Nietzsche [1885], 2016, p. 121)

Se repite acá la idea de un sí mismo que es perfectamente identificable como filogenia; de un ser que recorre el camino de todas las generaciones y que está *presente*. El sujeto nietzscheano, entendido así, no sería sino el sujeto de la evolución biológica.

6 CONSIDERACIONES FINALES

En la sección “De la superación de sí mismo” Zarathustra parece confrontar directamente las teorías evolutivas de su tiempo. Ha dicho, primero, que la vida le ha confiado su misterio, que consiste en que ella es “*aquello que siempre debe superarse a sí mismo*” (Nietzsche

[1885], 2016, p. 140, destacado en el original). Esta idea bien puede tomarse, con toda su profundidad y misterio, como la base de una teoría evolucionista nietzscheana, y más aun considerando lo que dice inmediatamente después:

Sin duda, llamáis a esto voluntad de creación o impulso hacia un fin, hacia lo más alto, lejano, más variado: pero todo esto es una *única* cosa y un *único* misterio (Nietzsche [1885], 2016, p. 140, destacado en el original).

Y un poco más adelante:

Que yo deba ser lucha y devenir y finalidad y contradicción de los fines: ¡ay, quien descubra mi voluntad descubre sin duda también qué *torcidos* caminos debe él mismo recorrer! (Nietzsche [1885], 2016, p. 140, destacado en el original)

Lucha, devenir y finalidad son tres conceptos en los que pueden concentrarse las tres principales posturas evolucionistas de fines del siglo XIX. La lucha por la existencia de Darwin y Spencer, el devenir de los antiguos griegos y de Haeckel (devenir al que podríamos sumar hoy teoría de la *deriva natural* de Maturana y Mpodozis, 1992) y la finalidad de Kant. Zaratustra no se inclina por ninguna de las tres posturas, más bien las adopta todas como formas posibles y entrelazadas de la expresión de la vida y la compleja trama de la evolución, que finalmente tendría en su base un solo gran misterio: la voluntad de poder, la superación del sí mismo. Así lo plantea en “De las tarántulas”:

La vida misma debe edificarse hacia las alturas, con columnas y peldaños: quiere mirar hacia horizontes lejanos y hacia bellezas bienaventuradas – *¡para eso* necesita altura! / ¡Y porque necesita altura, necesita peldaños y contradicción entre los peldaños y quienes los suben! La vida quiere subir y superarse a sí misma subiendo. (Nietzsche [1885], 2016, pp. 131, destacado en el original)

Se puede volver ahora sobre la idea inicial de este ensayo: *el ejercicio de la historia natural puede conducirnos a una forma de pensamiento proyectado hacia el futuro que es correspondiente al lugar que ocupa el pensamiento político en relación a la historia de las culturas*. Quizá pueda entenderse como un derivado de la biopolítica; quizá no. Pero, independiente de esto, e independiente de las discusiones, interpretaciones o coincidencias que

las sentencias nietzscheanas puedan tener con las principales propuestas evolucionistas, consideramos que *Así habló Zaratustra* es una obra en la que se asume conscientemente la idea de la evolución biológica, donde se la entiende como un movimiento complejo que incluye diferentes mecanismos y que no puede reducirse a una pasividad negativa. Así, Nietzsche asume esta postura evolucionista como condición de posibilidad de su filosofía y de su proyecto, adoptando, en definitiva, una posición clara en esta especie de *política de lo remoto*, posición que asume que nuestro futuro como especie no depende de una selección racial ni de una mayor organización social, sino de una expresión libre de nuestra voluntad en la enmarañada trama de la vida en la tierra.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DARWIN, Charles. *El origen de las especies* [1859]. Trad. A. Froufe. Madrid: Edaf, 2009.
- _____. *La variación en los animales y las plantas domesticados* [1868]. Trad. J. Purroy. Londres: John Murray, 2007.
- _____. *El origen del hombre* [1871]. Trad. A. López White. Valencia: F. Sempere, 1909.
- DRIES, Manuel (ed.). *Nietzsche on Time and History*. Berlin: Walter de Gruyter, 2008.
- EMDEN, Christian J. *Nietzsche's Naturalism*. Cambridge: Cambridge University, 2010.
- FERRARIS, Maurizio. *Nietzsche y el nihilismo*. Trad. C. del Olmo & C. Renduel. Madrid: Akal, 2000.
- FORBER, Patrick. Biological inheritance and cultural evolution in nietzsche's genealogy. *The journal of Nietzsche studies*, **44** (2): 329-341, 2013.
- GOULD, Stephen Jay. *La falsa medida del hombre*. Trad. R. Pochtar; A. Desmonts. Buenos Aires: Orbis, 1988.
- JOHNSON, Dirk R. *Nietzsche's anti-darwinism*. Cambridge: Cambridge University, 2010.
- LAMARCK, Jean-Baptiste de Monet (caballero de). *Filosofía Zoológica* [1809]. Trad. J. González Llana. Barcelona: Alta Fulla, 1986.
- LEMM, Vanessa. *La filosofía animal de Nietzsche*. Santiago: Universidad Diego Portales, 2010.

- MATURANA, Humberto; MPODOZIS, Jorge. *Origen de las especies por medio de la deriva natural*. Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1992.
- MOORE, Gregory. *Nietzsche, Biology and Metaphor*. Cambridge: Cambridge University, 2002.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La voluntad de poder* [1901]. Trad. A. Froufe. Madrid: Edaf, 2006.
- . *Obras completas*, Vol. III. Trad. J. Aspiunza; M. Parmeggiani; D. Sánchez Meca; J. L. Vermal. Madrid: Tecnos, 2014.
- . *Obras completas*, Vol. IV. Trad. J. Aspiunza; M. Barrios; K. Lavernia; J. B. Llinares; A. M. Navarro; D. Sánchez Meca. Madrid: Tecnos, 2016.
- NORRIS, Margot. *Beasts of the Modern Imagination*. Baltimore: Johns Hopkins University, 1985.
- PAPINI, Giovanni. *El crepúsculo de los filósofos* [1906]. Trad. H. F. Miri. Buenos Aires: Tor, 1945.
- RICHARDSON, John. *Nietzsche's New Darwinism*. Oxford: Oxford University, 2004.
- STIEGLER, Barbara. *Nietzsche et la biologie*. Paris: Presses universitaires de France, 2001.
- VLERK, Isaäk Martinus van der; KUENEN, Philip Henry. *Historia de la tierra*. Trad. J. Barnat. Barcelona: Plaza & Janes, 1966.

Data de submissão: 06/04/2018

Aprovado para publicação: 23/05/2018